

## Un cuento

---

**E**sa tarde entré en la Biblioteca Nacional. Quería leerle a Borges un cuento de Herman Hesse, *El poeta*, sacado de un tomo publicado por la editorial Austral, *A una hora de medianoche*.

Cuando terminé de leer, Borges, que no desdeñaba colocarse en falsa escuadra entre dos instantes, acaso por juego, sobre el vamos, como un actor en el teatro, pareció darme la réplica. Comenzó como aplicándose a una atmósfera creada por el cuento, a “leer” o a “dictar”, a leer como si dictara una página a alguien que a su lado seguía siendo yo. A la vez que ganado por el entusiasmo de su “lectura” Borges seguía siendo infinitamente consciente de mi presencia.

Sin duda inventaba ese texto sobre la marcha, pasaba de una palabra a la siguiente, iba de palabra en palabra con la facilidad del corredor de postas que ha meditado largamente su estrategia, perito en ese difícil ejercicio de imaginación que consiste en leer en voz alta sin tener un libro delante de los ojos. ¿La mera memoria se ocupaba de lo más fuerte del trabajo? Traté de mantenerme alerta para conservar en mente lo que oía para no perderme ni una coma, pero tal exceso de vigilancia, unido a la magia del texto, hizo que me dejara ir, es decir, sucumbí...

Lo iba diciendo como si el hecho de haber esperado la última frase de mi lectura ahora le diera alas para internarse por ese sendero de palabras en que andaba. Su elocución pausada se tejía con la trama del cuento -se trataba de un cuento, y sus raíces se hundían como sondas, iban a perderse en las raíces de la fábula.

Porque de un cuento se trataba. Recuerdo la llegada de cada una de las palabras convertidas para la ocasión y aún sin duda desde antes, en un nuevo personaje; esa como ilusión de intriga apenas esbozada por la trama -no había, no hubo intriga-; la trama certera, inexorable desde el comienzo. Y por sobre todo, esa espera de acontecimientos en suspenso, que iría a romperse sobre nuestras cabezas, el final, premonición, sombra de cada palabra, salto en el vacío que fue casi enseguida, fata-

lidad de guillotina que se cernía sobre nosotros y que no tardó, vertical, en abatirse. En algunos sueños puedo recuperar ese sabor de inminencia que no acaba, a tal punto que antes que la exégesis de un cuento esta página tendría que ser la exégesis de un sueño.

Ya que la piedra de toque de la poesía es la prosa, el atleta proseguía imperturbable su recorrido a partir del lugar donde el otro había completado el suyo, perito en leer como si hablara, sin ansiedad se encaminaba hacia las fuentes del poema –por unos segundos, en mitad del recorrido, la voz pareció retrasarse, pero la transmisión no se interrumpió en ningún momento, quiero decir, se restableció mucho antes de que se interrumpiera verdaderamente: el vértigo fijo pareció entonces reabsorberse en sí mismo hasta desaparecer, y el texto todo entró en un remanso dando lugar a un vacío de sentido.

Sin ansiedad, se encaminaba hacia las fuentes del poema por ese sendero –que es encrucijada– entre lengua hablada y lengua escrita, no, ningún cansancio en su voz.

En esa página ¿leída? ¿recitada?, ¿dictada? que mientras viva tendrá la andadura de la voz de Borges (me sucede preguntarme si no habría deseado que me pusiera de inmediato a transcribirla), había dos o tres personajes que en el momento de mostrarse sonaron como dos o tres colores en medio de una tela muy vasta, notablemente frescos, notablemente concretos. ¿Cómo proceden los contadores de historias?, ¿lo que van contando se inscribe en el aire?, ¿instantes antes en el aire?, ¿el tono hablado de sus poemas habrá hecho lo demás?

¿Se trataba de una apología del camino?, ¿de una paráfrasis del cuento de Hesse? Figuraba, recuerdo, la palabra oriente y la palabra viaje pero todo cesa en la intersección de cosas oídas y cosas entrevistas. La palabra oriente, tan diferente en esta ocasión a la palabra oriente de los diccionarios, como apenas dispuesta sobre un tapiz. Borges partía de otro lugar, de otra bocacalle que daba a un atajo donde no anda nadie. Si en sus conferencias parecía dirigirse a los oyentes, en verdad dictaba algo a alguien apostado que lo escuchaba de la pieza contigua, se dirigía, en primer lugar, a ese alguien a quien nadie podía ver y que sin duda montaba una guardia obstinada. Nosotros, a nuestra vez, en nuestros asientos, nos íbamos transformando en personas en espera de algo extraordinario que no tardaría en llegar. Esa tarde, Borges me pareció, él y su secuaz, dos hombres en estado extremo de acecho.

Partía de la intuición de que no existe discontinuidad entre el sueño y la realidad, entre vida real y vida refleja y, en todo caso, de existir tal hiato, poco o ninguno era el auxilio que podía brindarnos en la práctica.

Si mis recuerdos son buenos, había en ese texto una o dos palabras sajonas –piedras preciosas engastadas en la trama–, que, a no dudarlo, provenían de la conversación que habíamos tenido momentos antes de que yo empezara a leer.

Desgraciadamente, ese cuento –cuya lengua tan próxima de la oralidad, no distaba mucho de los cuentos escritos por él– no podrá figurar en un libro. Cuando salí de la Biblioteca Nacional y que volví a estar en la calle ya era de noche, bastó que buscara un ómnibus que me llevara a Constitución para que olvidara el comienzo. Y casi enseguida, como un hundimiento de terreno, o una mancha de tinta que se expande sobre papel secante, olvidé todo el resto.

Como la página que escribimos en sueños, cuya belleza y perfección nos asombra y que el mero despertar se encarga de romper en pedazos, bastó que me asomara a la penumbra pueblerina de la calle México y que le hiciera señas a un ómnibus para que sólo quedaran de ella algunas hilachas, ¿provenía también esa página del régimen de un sueño?, ¿acaso al despertar somos algo más que nuestros sueños, somos algo más que lo soñado?

Arnaldo Calveyra  
París